

RITUALES FESTIVOS EN TORNO AL FUEGO EN LA COMARCA DE LA ALPUJARRA

JOSÉ RUIZ FERNÁNDEZ
Instituto de Estudios Almerienses

El último día se celebraba una procesión de antorchas en la que era paseada en triunfo una piel de zorro (o en su defecto, una piel de conejo), alrededor de la aldea y luego la enterraban enfrente de la iglesia, con ceremonias religiosas y un sermón burlesco. Es de suponer que este rito representaba el entierro del año viejo.

Gérald Brenan

I. EL MITO DEL FUEGO

Nada ha contribuido tanto a que el hombre empezase de hecho a ser superior y distinto de los demás animales como el descubrimiento del fuego. Aparte de mejorar sus condiciones de vida, el poder producir a voluntad aquella fuerza misteriosa y utilísima, hasta entonces desconocida, constituyó el punto de partida para poder dominar la naturaleza.

Desde los primeros tiempos de la filosofía griega, el fuego fue considerado como uno de los cuatro elementos básicos que constituían el universo. Y así, para Heráclito de Efeso, el fuego reunía todas las características del principio explicativo físico del devenir. El fuego era el símbolo de una energía que complementaba a los otros tres elementos: aire, agua y tierra.

Con esta premisa no es de extrañar, pues, que los griegos, al igual que los pueblos de todas las épocas, viesen un dios en aquel elemento esotérico y misterioso, personificándolo en la figura de Hefaios y crearan algunas leyendas, entre las que sobresale el mito de Prometeo, que se atrevió a engañar al propio Zeus, robándole la semilla del fuego, bien de las ruedas del carro del sol, bien de la fragua de Hefaios, y cayendo sobre él la ira vengativa del padre de los dioses, quien le encadenó a una columna, en donde un águila le devoraba el hígado durante día y noche sin cesar.

Era lógico entonces que con estos antecedentes los griegos introdujeran el fuego doméstico en sus hogares. El culto del fuego en Lennos, lugar donde Zeus precipitó a su hijo Hefaios,

puede darnos una idea de cómo en las casas de la Grecia antigua ya se adoraba a este elemento tan fascinante, imprescindible para realizar las funciones de la casa y del hogar, extendiéndose por todos los lugares el culto en honor a la diosa Hestia.

De otras civilizaciones también nos han llegado noticias del carácter sagrado del fuego (egipcios, caldeos, persas, etc.), incluso de algunas comunidades de América (chibchas, incas, aztecas...). Y así, el inca Garcilaso, en la historia que escribió de los reyes de dicha civilización, nos dice que había establecidas comunidades de muchachas que tenían votos de perpetua virginidad, y se consagraban al sol en calidad de esposas. Asimismo, los templos de los aztecas en Méjico y el fuego sagrado que en ellos se conservaba no fueron menos célebres que los de Perú.

Sin embargo, la implantación del “fuego sagrado” se hace permanente en la antigua Roma, donde las vestales mantenían en el altar de la Regia la llama perenne en honor a la diosa Vesta que, junto con Vulcano, eran considerados los dioses del fuego.

Tras este breve recorrido histórico que hemos hecho, resulta evidente que el culto al fuego estuvo presente desde los primeros tiempos, y que el hombre lo empleó, además de para hacer frente a sus necesidades más elementales (como las de cocer los alimentos y defenderse de los rigores del frío y de los animales salvajes), como símbolo de la divinidad, manteniendo una cantidad de fuego encendido de día y de noche en un sitio público (generalmente, el templo) para que pudiesen acudir todas las personas que lo necesitasen.

II. EL FUEGO EN LA RELIGIÓN CRISTIANA

Para los primeros cristianos el fuego era una especie de elemento sagrado. Pero era también el símbolo de la divinidad y del amor divino, identificándolo con el mismo Jesucristo, quien según la religión cristiana vino al mundo a iluminar e inflamar a los hombres en el amor al Padre.

Por otra parte, el fuego personificaba también al Espíritu Santo. Por eso, tras la Resurrección de Jesús, el Espíritu Santo se pone de manifiesto a los apóstoles en forma de lenguas de fuego que se posan sobre sus cabezas.

Por consiguiente, no es de extrañar que entre las ceremonias de la liturgia cristiana del Sábado Santo, la primera sea la del “fuego nuevo”, que se obtiene por medio de un pedernal. Después se encienden con él sucesivamente las brasas del incensario, las velas llamadas Marías, el Cirio Pascual y las lámparas del templo. Pero, ¿qué significado tiene este rito?

En los primeros siglos del cristianismo, cuando las funciones litúrgicas se celebraban en la noche del Sábado y duraban hasta el amanecer del Domingo Pascual, dicha ceremonia venía a ser una especie de abjuración del culto que los paganos tributaron a Vulcano, a Vesta, y a

otras divinidades romanas. Pero el “fuego nuevo” bendecido por el sacerdote el Sábado Santo, también era una representación de Jesucristo que, muerto días antes, resucitaba aquella noche para inflamar los corazones cristianos. Y este simbolismo parece dar a entender la Iglesia en una de las oraciones de la bendición del “fuego nuevo”, generalizándose esta práctica a partir del siglo IV.

El culto al fuego estaba tan extendido entre las primeras comunidades que la Iglesia instituyó una festividad específica, el día de la Purificación de Nuestra Señora y Presentación del Niño Jesús en el templo de Jerusalén (la fiesta de la Candelaria) el día 2 de febrero, donde viene siendo tradicional la bendición de las candelas.

Todas estas ceremonias y ritos son pruebas evidentes del gran papel que el fuego ha desempeñado y desempeña en la liturgia cristiana, principalmente, debido a su gran carga simbólica. Pasamos por alto otros aspectos que también son esenciales en el cristianismo, como son “el fuego del Infierno” o “el fuego de las Animas en el Purgatorio”, pues aunque son temas que suscitan interés y controversia, escapan del objeto de la presente comunicación, que está más centrada en los rituales festivos que tienen como protagonista destacado al fuego.

III. EL CICLO FESTIVO ALPUJARREÑO EN TORNO AL FUEGO

Bajo este epígrafe vamos a sintetizar una serie de rituales y prácticas festivas que tienen como denominador común el uso del fuego, o en las que este elemento desempeña un papel sustancial en el desarrollo de las mismas, bien es verdad que el ámbito territorial lo hemos circunscrito a la comarca natural de La Alpujarra, que comprende parte de las actuales provincias de Almería y Granada.

A. Ciclo de primavera

Tres son los rituales que sobresalen en el ciclo de primavera: a) Los humarrachos; b) la quema de Judas; y c) el entierro de la zorra. Vamos a estudiar cada uno de ellos.

a) *Los humarrachos*

Bajo el nombre de “humarrachos” o “jumarrachos” (vulgarismo que ha llegado hasta nuestros días por aspiración de la “h”) se hace referencia a una serie de hogueras que se encienden todos los años en Berja el día 31 de marzo por la noche, víspera de la festividad de San Tesifón, patrono de la ciudad (Ruiz Fernández, 1989)

En realidad, más que de una fiesta propiamente dicha, se trata de una costumbre con aires festivos, de un rito que en otros tiempos se rodeaba de todo un ceremonial: desde los preparativos para las hogueras, hasta la denominada “quema del Santo”, finalizando con una especie de desafío por parte de los mozos del pueblo por “saltar el humarracho”. Todo este ritual se desarrolla entre canciones, risas, jolgorio y bailes en torno a las hogueras, corriendo abundante vino y comida, ya que se trata de una costumbre muy popular.



Fig. 1: Preparación de un “humarracho” en Berja (Almería). Foto del autor.

El origen de esta tradición es netamente religioso, aunque como tantas otras tradiciones ha evolucionado en estos últimos años, adquiriendo algunos matices paganos y hedonistas. Sin embargo, a pesar de ello no está muy clara su motivación: el Padre Tapia se refiere a ella en su libro *"Historia de la Baja Alpujarra"* de la siguiente manera: *"Otra costumbre es la de las hogueras, que se encendían en la víspera de San Tesifón, recuerdo de la antigua promesa o voto hecho por el Consejo de la villa de celebrar la fiesta de su santo patrón"* (Tapia, 1965).

Por el contrario, nosotros sostenemos que su origen está relacionado con la creencia, muy extendida por el pueblo de Berja y, sobre todo, en el barrio de Castala, de que San Tesifón (uno de los Siete Varones Apostólicos que acompañó a Santiago en su viaje por España), sufrió martirio en el monte Iliputano, siendo su cuerpo quemado y encontradas sus cenizas en las cavernas del Sacromonte granadino (Pascual y Orbaneja, 1699), pues aunque la moderna historiografía ha demostrado la falsedad de los plomos del Sacromonte donde se relata el martirio, sin embargo, en los siglos XVI y XVII se daban estos hechos como ciertos, sobre todo, entre el pueblo llano y creyente, por lo que no debe de extrañar que los lugareños encendieran las hogueras para recordar dicho "martirio".

Quizá la nota más genuina de los humarrachos virgitanos fuera la práctica de lo que se llamaba "quemar las barbas de San Tesifón", costumbre que tenían algunas mujeres de lanzar a las hogueras estampas del santo para pedirle alguna dádiva, y que ya no se conserva al haber caído en desuso (Ruiz Fernández, 1989).

En los últimos diez años los humarrachos han evolucionado y se han consolidado debido a un mayor intervencionismo y apoyo institucional, tanto en aspectos organizativos como en el aspecto económico, perdiendo con ello parte de su espontaneidad, ya que desde tiempos inmemoriales han sido los vecinos de las distintas barriadas de Berja quienes han confeccionado su propio humarracho, siendo por tanto los auténticos protagonistas de esta fiesta.

b) La quema de Judas

Entre los pueblos de Carataunas y Soportújar, en la Alpujarra granadina, tiene lugar todos los años la víspera del Domingo de Resurrección un ritual que se conoce con el nombre de "la quema de Judas".

El Judas es un muñeco del tamaño de un hombre (sin duda, en recuerdo del apóstol traidor), que se rellena de paja de centeno y al que visten con ropas estrafalarias después que las campanas de la iglesia tocan a gloria. Al Judas no le falta detalle: además de sus pantalones y chaqueta, le calzan botas y le cubren la cara (que, en realidad, es un envoltorio de trapos viejos), pintándole los ojos y la boca y colocándole un sombrero. En otras localidades le ponen también un palo fálico o una zanahoria o rábano a modo de pene, e incluso una botella en la mano.

Una vez confeccionado, se le ahorca con una soga, colgándole en la ventana de una venta que está próxima a la carretera que separa ambas poblaciones. Los niños apedrean al Judas y acaban quemándolo entre gritos obscenos, insultos y risas, después de haberlo arrastrado por las principales calles del pueblo (López Méndez, 1967).

Sin embargo, este ritual no es exclusivamente alpujarreño, sino que está extendido por otros pueblos de España. Incluso en algunos pueblos andaluces (Rociana, Alosno) existía la costumbre de que los mozos, antes de quemarlo, disparaban sus escopetas contra el Judas, en medio de gritos, insultos y expresiones vejatorias de los niños, que pregonaban:

“¡Judas murió,
Cristo resucitó!” (Caro Baroja, 1979).

C) El entierro de la zorra.

Son muchas las localidades alpujarreñas que celebran esta añeja tradición (Alcolea, Huécija, Alboloduy); sin embargo, donde ha adquirido un sabor muy especial es en el pintoresco pueblo de Pampaneira, cuyas fiestas patronales en honor a la Santa Cruz (días 3 y 4 de mayo) culminan con la ceremonia de la quema y posterior entierro de la zorra.

No se conoce con certeza el origen de este ritual. Hay quien lo asocia a la conmemoración de la caza de alimañas que merodeaban por los alrededores del pueblo, con un marcado sentido de autodefensa (Caro Baroja, 1979).

Otros, por el contrario, ven su origen en la magia y en la práctica de brujerías, que estaban muy extendidas por toda la Alpujarra, relacionándolo con las famosas “meigas”, quizá por la similitud de la toponimia de este pueblo y de los restantes ubicados en el Barranco de Poqueira con la toponimia gallega (López Méndez, 1967). En todo caso, el entierro de la zorra en Pampaneira ha sido siempre un ritual muy antiguo que se guarda y transmite de generación en generación.



FOTO: Manuel Matarín.

Fig. 2: Paseando la zorra por las calles de Alboloduy (Almería)

La “zorra” es un muñeco o espantapájaros de papel recubierto de pieles, que se rellena con cohetes y fuegos artificiales. En algunas localidades almerienses (Santa Cruz de Marchena, Alboloduy) se realiza con un armazón de cañas o de tubos de hierro, en cuya parte superior se instala la efigie de una zorra hecha de cañas y papel de embalaje de color marrón. El cuerpo está lleno de cohetes y bengalas. Cuando las circunstancias lo permiten, lleva un racimo de uvas en la boca (Matarín Guil y Abad Gutiérrez, 1995).

Los mozos la pasean por todas las calles, mientras suena la música hasta que llega a la plaza donde va a ser quemada públicamente. Una vez allí, en medio de un silencio expectante y en presencia del Alcalde del pueblo y de todos los vecinos, se escucha una voz que va recitando los parlamentos burlescos del sermón, que se conoce con el nombre de “sermón de la zorra” (que fue recogido y publicado por Rafael Gómez Montero en el año 1985), aunque en otras localidades almerienses leen el llamado “testamento de la zorra”.

Terminado el sermón, la prenden fuego en la plaza mayor, mientras corre en abundancia el vino alpujarreño y se trocean varios jamones, en medio del jolgorio general.

El alguacil y los cuatro ó cinco vecinos que capturan a la zorra son los protagonistas de la fiesta, que se prolonga durante toda la noche, mientras “los diablillos”, disfrazados con sus trajes con cintas de colores, persiguen a la gente que presencia el festejo con vejigas de cerdo infladas y palos de cartón, acosándola insistentemente hasta conseguir que les entreguen un donativo para ayudar a financiar las fiestas, y a las que luego invitan en cualquier taberna.

En otras localidades alpujarreñas, como por ejemplo en el pueblo de Yegen, también se realizaba este ritual durante las fiestas de Carnaval (Brenan, 1983).

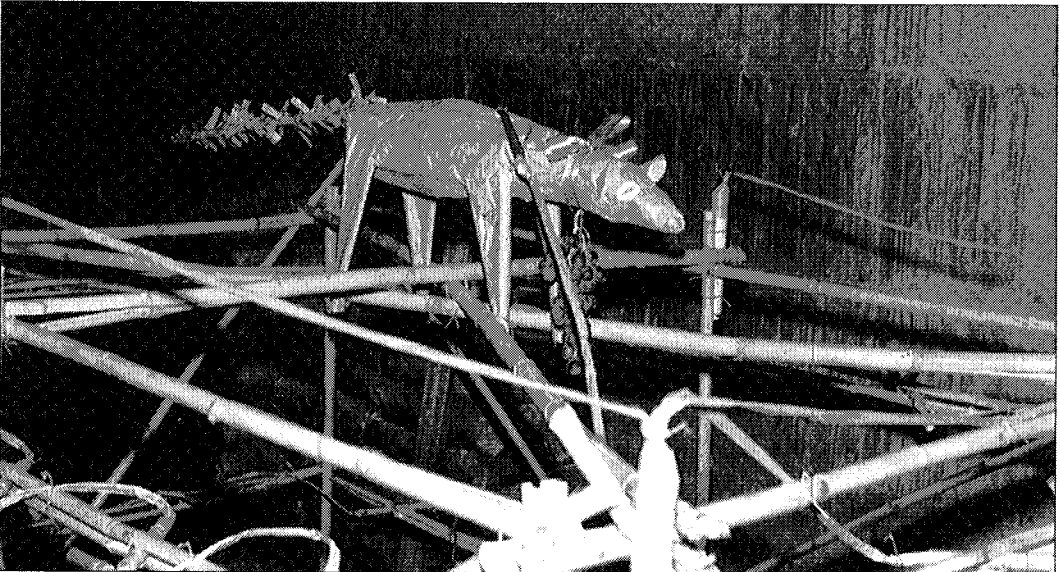


FOTO: Manuel Matarín.

Fig. 3: Detalle de la zorra de papel, con el racimo de uvas al cuello.

B) Ciclo de verano

Las hogueras de San Juan

Siguiendo a Julio Caro Baroja, la fiesta de San Juan fue en su origen una fiesta solar, esto es, la fiesta del solsticio de verano por excelencia. El pueblo conserva la idea de la relación entre esta fiesta y el sol (Caro Baroja, 1983).

Su precedente habría que buscarlo entre las fiestas celebradas por los romanos llamadas "Palilia" o "Parilia", en honor a la diosa Pales, divinidad pastoril, fiestas cuya descripción la hace el poeta Ovidio en los "*Fastos*". Posteriormente, el cristianismo instauró la festividad en honor al Bautista, haciéndola coincidir con el solsticio de verano e instituyéndola el día 24 de junio.

De todas las manifestaciones festivas que se celebran en esta fecha la más conocida es, sin ningún género de dudas, la costumbre de encender hogueras. La hoguera nocturna ha sido y es signo de fiesta, pero no solamente de fiesta religiosa, sino también de fiesta civil.

Las hogueras de San Juan en la Alpujarra están extendidas por todos los pueblos del litoral, principalmente, en Adra, Balanegra y la Rábita.



FOTO: Ruzafa

Fig. 4: Hogueras en la noche de San Juan en Adra (Almería).

El ritual alrededor del fuego tiene lugar a orillas de la playa, en la noche del 23 de junio, víspera de la festividad de San Juan, y se desarrolla así: cuando el sol empieza a ocultarse, los jóvenes de la localidad forman de manera espontánea las hogueras acarreando palos, maderas, muebles inservibles y todo aquello que pueda arder. Cada grupo hace su propia hoguera llevando comida y bebida en abundancia, que comparten todos los miembros del grupo. En los últimos años se ha puesto de moda hacer moragas de sardinas.

A las diez de la noche aproximadamente, comienza el rito de la quema de las hogueras sin guardar un orden preestablecido. La combustión de las hogueras se acompaña de gritos, cantos y bromas, algunas de ellas de fuerte contenido erótico.

A medida que aumenta la llama la excitación de los espectadores es mayor, reflejándose el resplandor de la hoguera en el agua del mar. Cuando la hoguera comienza a mermar, los más atrevidos inician el rito del salto de la hoguera, sobre todo, los jóvenes, como signo de virilidad y destreza ante los ojos femeninos.

Finalmente, pasadas las doce de la noche, hombres y mujeres terminan arrojándose al mar y dándose un baño a la luz de la luna para cumplir con el ritual, ya que también es tradicional en la fiesta de San Juan lavarse la cara.

Aunque la Iglesia católica instituyó esta fiesta en el calendario cristiano, sin embargo, en algunas ocasiones prohibió algunas de las practicas que se realizaban con motivo de la misma. Y así, el obispo San Eloy aconsejaba a sus feligreses *“No creáis en las hogueras y no os sentéis cantando, porque todas estas prácticas son obras del demonio. No os reunáis en los solsticios y que ninguno de vosotros dance, ni salte, ni cante canciones diabólicas el día de la fiesta de San Juan, ni de otro santo”*. (Brisset, 1992).

En resumen, concluiremos este apartado diciendo, al igual que Caro Baroja, que las hogueras de San Juan tienen un carácter fundamentalmente preservativo, pues se cree que mediante ellas, el hombre, los animales y las plantas se libran de toda clase de maleficios, y por otra parte, pueden prosperar.

C) Ciclo de otoño

Los toros de fuego

Este ritual está muy extendido por los pueblos alpujarreños de Alto Andarax y Río Nacimiento (Alhama de Almería, Illar, Instinción) y también de la Baja Alpujarra (Dalías). Veamos cómo lo describe un periódico almeriense, refiriéndose a las últimas fiestas en honor al Santo Cristo de la Luz celebradas en Dalías el pasado mes de septiembre: *“En la madrugada de ayer jueves salieron a la calle los tradicionales toros de fuego, unas estructuras metálicas desde las que van brotando cohetes ratoneros que tienen que ir esquivando los congregados en la plaza del Ayuntamiento. Como es habitual los astados pirotécnicos hicieron las delicias de los más osados, que intentaron mantener el tipo dentro de la plaza intentando evitar cualquier tipo de quemadura. La fiesta continuó hasta las cuatro de la madrugada”* (“Ideal”, 13-IX-1996).

En el pueblo de Alhama de Almería el toro de fuego se desarrolla los días 5 a 8 de diciembre, con motivo de la celebración de las fiestas patronales en honor de San Nicolás de Bari y la Purísima Concepción. En esencia, se trata de un artilugio con forma de toro realizado con cañas. A su alrededor, se colocan unas 480 carretillas, esto es, cartuchos de pólvora que van siendo lanzados durante su carrera entre el público. La última de estas carretillas se desliza por el suelo. En la cabeza lleva 22 cartuchos de pólvora y uno de dinamita, que es el último en explotar con enorme estruendo.

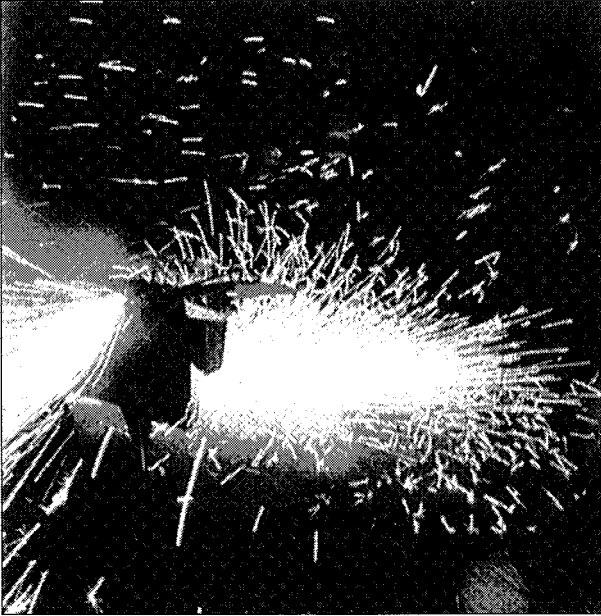


FOTO: Asociación Cultural TALIA

Fig. 5: Toro de fuego en Dalías (Almería).

La fabricación del toro de fuego lleva unas dos horas, siendo llevada a cabo cada año por un grupo de personas que se hacen cargo de ello, no existiendo ningún tipo de comisión fija o una agrupación que corra permanentemente con los gastos. Los jóvenes han sido los que han resucitado este ritual, ya que estuvo prohibido durante muchos años, debido a un accidente ocurrido en el pueblo con motivo de la celebración de la fiesta.

La “corrida” se desarrolla así: el toro se guarda en una nave vacía o en cualquier otro lugar a propósito para ello, y permanece en secreto entre los promotores del festejo. Durante todo el domingo, la gente se dedica a tratar de averiguar cuál es su emplazamiento, lo que da lugar a bromas, chanzas, etc.

Dentro del armazón de cañas se colocan una o varias personas, dependiendo del tamaño, que hacen evolucionar al toro entre la gente, siendo el factor sorpresa uno de los elementos fundamentales de su actuación.

Una vez sacado el toro de su escondrijo lo llevan a la plaza del pueblo, donde los organizadores le prenden fuego por una esquina, empezando a explotar las “carretillas”. En este momento todo el mundo comienza a correr delante del toro para evitar que le coja: el armazón de cañas con los individuos que lo dirigen en su interior, se pone en movimiento con una veloz carrera, entrando y saliendo por las diversas calles, mientras la gente corre entre el explotar de los cohetes.

El itinerario es diferente cada año para que la gente sea cogida por sorpresa. La fiesta continúa hasta que el fuego llega a la cabeza del toro, que explota con gran estrépito debido a la dinamita que encierra en su interior. La carrera o “corrida” dura aproximadamente un cuarto de hora. A partir de ese momento, la fiesta continúa con bailes, cantos y música hasta altas horas de la noche (Paleotti, 1982).

D) Ciclo de invierno

a) Los sanantones.

La víspera de la festividad de San Antonio Abad o “San Antón”, día 16 de enero, en algunas localidades alpujarreñas del Alto Andarax (Padules, Canjáyar, Alhama de Almería) y del Río Nacimiento (Abla, Alboloduy), se encienden por la noche grandes hogueras en las

plazas y en las confluencias de las calles, donde se arrojan todos los tratos viejos que puedan arder.

También los pueblos alpujarreños de la provincia de Granada celebran esta festividad. En algunos los mayordomos adquieren un marrano pequeño, al que cuidan con gran esmero. El animal se pasea libremente por las calles del pueblo, llevando un cartelito en el que se puede leer: *“Pertenezco a San Antón. Échame de comer”*. Todos los vecinos lo alimentan y lo miman. Cuando llega a adulto, el marrano es vendido en pública subasta y el dinero recogido es entregado a las personas más pobres de la localidad (Spahni, 1983).

En Torvizcón existe también la tradición de criar al llamado “marranillo de San Antón”, que anda suelto por las calles durante varios meses con un lazo rojo atado al pescuezo, estando todos los vecinos obligados a colaborar en su alimentación, y siendo sorteado en la plaza del pueblo al final de las fiestas (Castro, 1992).

Laroles es un pueblo donde se da una curiosa dualidad: el patrono fue desde siempre San Antonio Abad (“San Antón”); luego, llegó D. Juan de Austria y como ocurrió en tantos otros pueblos alpujarreños que tomaron parte en la sublevación de los moriscos, impuso a San Sebastián como patrón. Desde entonces se festeja a ambos conjuntamente: al apuesto joven mártir y al venerable ermitaño de barba blanca. (Jerez, 1988).

De ahí, que circule entre los vecinos un adagio popular, que desde muy antiguo, estaba muy extendido por toda Granada, y que dice:

*“San Sebastián, mocito y galán,
saca las niñas a pasear.
San Antón,
saca las viejas del rincón”* (Afán de Ribera, 1885).

También en los pueblos de la Baja Alpujarra (Dalfás, El Ejido, San Agustín) se celebra la fiesta de San Antonio Abad y se queman “sanantones”. Durante todo el día, los vecinos descargan camiones de leña que luego arden en las hogueras entre la diversión de la gente.

Por último, en Alhama de Almería, a finales del mes de enero, las “Barbas de San Antón” son el lugar de encuentro en torno al fuego, que marca el exterminio o quema de aperos agrícolas inservibles y objetos que están en desuso. Alrededor de la hoguera, formando un círculo, los amigos conversan, y hombres, mujeres y niños bailan cogidos de la mano haciendo ruedas y entonando canciones de amor, celos, noviazgo, etc., creándose un ambiente propicio para el acercamiento amoroso que, no pocas veces termina en una relación estable (Moreno López y Rodríguez López, 1994).

b) Los chiscos

Los “chiscos” son enormes fogatas que se realizan en muchas localidades alpujarreñas durante los meses de enero y febrero, bien la víspera de la festividad de San Vicente (Laujar de Andarax), de la Candelaria (pueblos del Barranco de Poqueira), o de San Cecilio (Picena).



Fig. 6: Imagen de San Antón en Laroles (Granada).

FOTO: del autor

De todos ellos, quizás el que guarda una mayor similitud con los “humarrachos” virgitanos (al menos, en lo que se refiere a su posible origen) es el que se realiza todos los años en Picena el día 31 de enero, víspera de la fiesta de San Cecilio, patrono de esta localidad y de Granada capital (Ruiz Fernández, 1989).

En realidad, el llamado “chisco de San Cecilio” constituye la culminación de todo un ritual que arranca de una vieja costumbre que tienen los “quintos” del pueblo de ir ese día a los secanos a por matas y leña, a partir de las diez de la mañana, cargándolas a lomos de sus caballerías.

Una vez que los mozos reponen sus fuerzas en la “Erilla Quemá”, a base exclusivamente de arenques, pan y vino (como impone la tradición), a las tres de la tarde se concentran en la rambla y comienza una carrera de las bestias con sus dueños y sus cargas hasta el pueblo. La carrera termina ya de noche en la plaza.

Finalizada la misma, se descarga la leña y las matas y se prepara el “chisco”, al que prenden fuego en medio de la algarabía gozosa de todos los vecinos del pueblo, que aprovechan para arrojar a la fogata toda clase de muebles viejos, enseres inservibles, ropas raídas, sillas rotas, etc.

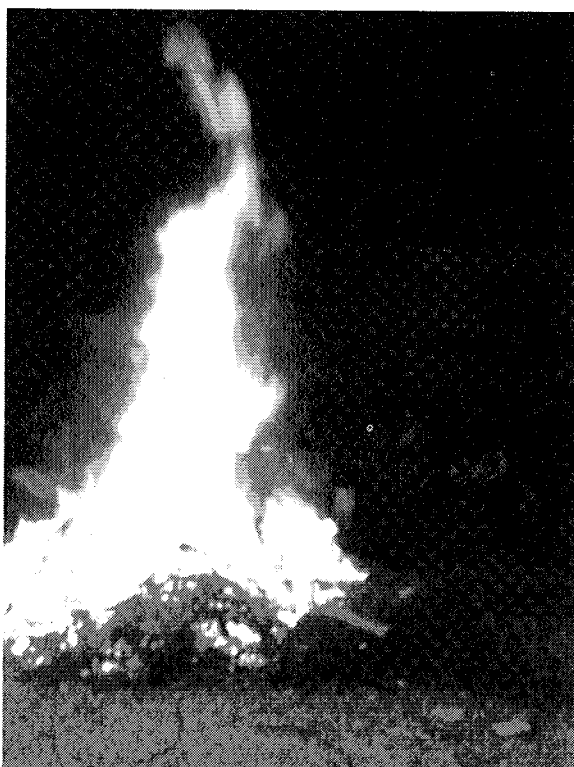


FOTO: del autor

Fig. 7: Chisco de San Cecilio en Picena (Granada).

El origen de este ritual es netamente religioso: sabido es que San Cecilio, hermano de San Tesifón, vino a Granada a evangelizar a los gentiles enviado por los apóstoles San Pedro y San Pablo, predicando por toda la provincia granadina y estableciendo en ella su sede episcopal, de la que llegó a ser su primer obispo. Más tarde, sus enemigos prendieron a San Cecilio, junto a dos de sus discípulos, y los arrojaron a la cárcel, condenándoles a morir quemados vivos en un horno, lo que se llevó a cabo el día 1 de febrero en el monte Iliputano (Pasqual y Orbaneja, 1699), e instaurando la Iglesia católica la festividad de San Cecilio en dicha fecha.

Consideramos, pues, que en la creencia del pueblo en este “martirio” (al igual que en los humarrachos virgitanos), puede estar el origen remoto de este “chisco” que se quema todos los años en Picena en honor de San Cecilio, en medio del entusiasmo y del fervor de los piceneros.

IV. CONCLUSIONES

Tras este breve recorrido por los pueblos alpujarreños que practican rituales en torno al fuego, podemos sacar las siguientes conclusiones:

1ª) El fuego como elemento transformador de la materia

Según los mitos, el fuego era un don de los dioses prohibido a los humanos. Poseer el fuego era asemejarse a los dioses, compartir lo divino. De esta manera, el fuego se convierte en un instrumento mediador entre el mundo natural y el mundo artificial. El fuego es tanto destrucción como reconstrucción (Casado Alcalde y Checa Olmos, 1991) En todo caso, es un elemento transformador de la materia, que llega incluso a destruirla y a convertirla en un caos permanente.

2ª) El fuego como símbolo religioso

En las religiones de todas las épocas el fuego ha desempeñado un papel destacado tanto en las ceremonias y rituales paganos como en la liturgia cristiana. El cristianismo lo asumió como instrumento punitivo y represivo (“el fuego del infierno”, “las hogueras de la Inquisición”), e incluso lo convirtió en un elemento purificador para las almas que van al Purgatorio a expiar sus pecados.

3ª) El fuego como componente festivo

El fuego constituye uno de los elementos esenciales de las fiestas alpujarreñas, hasta el punto de que se puede afirmar que no hay fiesta sin fuego, ya sea de combustión (hogueras), ya sea artificial (cohetes, castillos, tracas, etc.), estando muy relacionado con el ruido (González Alcantud, 1990).

Por otra parte, la pólvora también está presente en todo tipo de celebraciones familiares (bodas, bautizos) y su uso se ha generalizado para las cuestiones más banales en estos últimos años (hoy se festeja con cohetes la llegada de un nuevo año o la victoria del equipo de fútbol favorito, por poner sólo algunos ejemplos).

4ª) El fuego como rito

Los rituales en torno al fuego, como se ha demostrado en este trabajo, siguen vigentes en los pueblos de La Alpujarra. Dichos rituales se realizan prácticamente en todas las estaciones del año, mezclándose lo religioso con lo mágico. De todas formas, su origen se encuentra en la veneración de un santo, en el culto y devoción a una imagen o en la conmemoración de las fiestas patronales, sin olvidar ni infravalorar los componentes paganos y hedonistas de los mismos.

V. BIBLIOGRAFÍA

- AFÁN DE RIBERA, ANTONIO JOAQUÍN *Fiestas populares de Granada*. Granada, 1885.
- BERGUA, JUAN A. *Mitología universal* (2ª edición). Ávila, 1960.
- BRENAN, GÉRALD. *Al Sur de Granada* (8ª edición). Granada, 1983.
- BRISSET, DEMETRIO E. "Famosas fiestas de San Juan. Análisis de las fiestas de Granada". En la Revista "*Gaceta de Antropología*" núm. 9. Granada, 1992.
- CARO BAROJA, JULIO. *El Carnaval. Análisis histórico-cultural* (2ª edición). Madrid, 1979.
- CARO BAROJA, JULIO. *La estación de amor* (2ª edición). Madrid 1983.
- CASADO, ALEJANDRO Y CHECA, FRANCISCO. "El Palo: una jornada festiva de ruido y fuego. Rito y simbolismo". En la Revista *El folk-lore Andaluz* núm. 6. Sevilla, 1991.
- CASTRO, EDUARDO. *Guía general de La Alpujarra*. Jerez de la Frontera (Cádiz), 1992.
- CÓRDOBA, PIERRE Y OTROS (COORD.). *La fiesta, la ceremonia, el rito*. Granada, 1990.
- GÓMEZ GARCÍA, PEDRO Y OTROS (COORD.). *Fiesta y Religión en la cultura popular andaluza*. Granada, 1992.
- GÓMEZ MONTERO, RAFAEL. *Barranco de Poqueira*. Granada, 1985.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, JOSÉ ANTONIO. "Territorio y ruido en la fiesta". En *la Fiesta, la ceremonia, el rito*. Granada, 1990, pp. 63-78.
- GONÁLEZ ALCANTUD, JOSÉ ANTONIO Y BUXÓ REY, MARÍA JESÚS (EDS.) *El fuego. Mitos, ritos y realidades*. Barcelona, 1997.
- JEREZ HERNÁNDEZ, JUAN MANUEL. "Tradiciones alpujarreñas". En el diario "*la Crónica*". Almería, 1988.
- LÓPEZ MÉNDEZ, HAROLD. *España desconocida. La Alpujarra, rincón misterioso*. Madrid, 1967.
- MATARÍN GUIL, MANUEL Y ABAD GUTIÉRREZ, JULIA. *Etnografía y Folklore en un medio rural*. Almería, 1995.
- MORENO LÓPEZ, REYES Y RODRÍGUEZ LÓPEZ, ROSA Mª. *Canciones populares de Alhama de Almería*. Maracena (Granada), 1994.
- PALEOTTI, CELSA. *Guía de fiestas Populares de Andalucía*. "Almería" pp. 17-61. Dos Hermanas (Sevilla), 1982.
- PASQUAL Y ORBANEJA, GABRIEL. *Vida de San Indalecio e Historia de Almería ilustrada*. Almería, 1699.
- RODRIGUEZ BECERRA, SALVADOR Y OTROS (COORD.). *Guía de fiestas Populares de Andalucía*. Dos Hermanas (Sevilla), 1982.
- RUIZ FERNÁNDEZ, JOSÉ. *Fiestas y Tradiciones de la Alpujarra*. El Ejido (Almería), 1989.
- SANCHEZ MARTÍNEZ, MIGUEL. *Tierra Urcitana*. Almería, 1988.
- SPAHNI, JEAN-CHRISTIAN. *La Alpujarra. La Andalucía secreta* (2ª edición). Granada, 1983.
- TAPIA GARRIDO, JOSÉ ÁNGEL. *Historia de la Baja Alpujarra. Berja. Adra. Dalias* (1ª edición). Almería 1965.